



ALGUNAS REFLEXIONES PARA COMENZAR A PENSAR UNA INVESTIGACIÓN SOBRE NEOLIBERALISMO EN CLAVE ARQUEOLÓGICA

SUSANA MURILLO y ALEJANDRA PISANI

Ediciones
Luxemburg



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

IIGG | GINO
GERMANI

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Este trabajo introductorio solo sintetiza algunas reflexiones derivadas de varios años de investigación desarrolladas en proyectos UBACYT, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires dirigidos por Susana Murillo, cuyos avances se transfirieron al frente de la cátedra “Saber, poder y Gubernamentalidad. Foucault y la teoría crítica” y del Seminario de investigación “Cuestión Social, Gobernabilidad y Construcción de Subjetividad”, en la carrera de Sociología de la misma institución.

Agradecemos al Instituto Gino Germani y a la Carrera de Sociología por posibilitar el trabajo del cual surgen estas breves reflexiones. Ellas fueron pensadas como una herramienta en relación con algunos problemas a los que nos enfrentamos en el marco de la tarea docente y de investigación y son solo una introducción para la realización de otro trabajo de mayor profundidad que está en desarrollo.

Las autoras

Susana Murillo

Doctora *Summa Cum Laude* en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), magíster en Política Científica y Gestión Tecnológica, licenciada en Psicología, profesora en Filosofía, todas por la misma unidad académica. Investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y docente en esa Facultad y en otras de la Argentina.

Alejandra Pisani

Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y docente en esa universidad. Investigadora del Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina y miembro del programa de Historia Oral (UBA).

Murillo, Susana

Algunas reflexiones para comenzar a pensar una investigación sobre neoliberalismo en clave arqueológica / Susana Murillo ; Alejandra Pisani. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Luxemburg, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-1709-66-3

1. Neoliberalismo. I. Pisani, Alejandra. II. Título.

CDD 320.513

Algunas reflexiones para comenzar a pensar una investigación sobre neoliberalismo en clave arqueológica

1º Edición, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, agosto de 2020

© 2020 Susana Murillo y Alejandra Pisani

© 2020 Ediciones Luxemburg

Ediciones Luxemburg <www.edicionesluxemburg.blogspot.com>

Edición: Ivana Brighenti y Laura Kaganas

Arte de tapa: Santángelo Diseño

ISBN 978-987-1709-66-3

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.



Bajo licencia Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0
Internacional de Creative Commons

ALGUNAS REFLEXIONES PARA COMENZAR A PENSAR UNA INVESTIGACIÓN SOBRE NEOLIBERALISMO EN CLAVE ARQUEOLÓGICA

Susana Murillo y
Alejandra Pisani

Ediciones
Luxemburg
Buenos Aires, Argentina



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
IIGG | **GINO**
GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

SUMARIO

Introducción	6
El conocimiento científico como conocimiento crítico. Las rupturas epistemológicas	7
El sentido común	7
La torsión interior	9
La conceptualización teórica	10
La pregunta de investigación	12
La centralidad de la pregunta de investigación	12
La pregunta arqueológica	13
Dos ejes en la búsqueda de discontinuidades	16
El trabajo arqueológico con documentos	17
La elaboración de los documentos: series y series de series	20
El objeto de investigación	24
El neoliberalismo como objeto	
Nuestra propuesta de investigación	25
Bibliografía	27

INTRODUCCIÓN

En este texto, abordaremos algunos aspectos vinculados a la práctica de investigación con el objeto de recuperar herramientas que aporten a la construcción de una mirada crítica sobre lo social.

El punto de partida consistirá en la revisión de ciertos aspectos clave de la propuesta de trabajo arqueológica formulada por Michel Foucault y su puesta en diálogo con prácticas discursivas provenientes de otras posiciones. La finalidad radica en aportar a la elaboración de una perspectiva teórico-metodológica relacionada con los problemas de investigación en Ciencias Sociales que se proponen desplegar la tarea desde un enfoque arqueológico, posición que tiene uno de sus puntos de anclaje –no el único– en el texto escrito por Michel Foucault y publicado por primera vez en 1969, *La arqueología del saber*.

En este sentido, nuestro norte no es el abordaje exhaustivo y sistemático del referido texto, sino la elaboración de herramientas que nos permitan aproximarnos al estudio del neoliberalismo como una compleja forma de intento de gobierno de sujetos y poblaciones.

En términos concretos, esta tarea implica una labor no exenta de dificultades, ya que los principios que intervienen en las prácticas de investigación, en general, y en la elaboración de una perspectiva teórico-metodológica, en particular, no pueden ser desarrollados en abstracto. Esto es así, justamente, porque se trata de tareas cuyo aprendizaje requiere (además de la adquisición de ciertos elementos conceptuales y analíticos) de un proceso constante de trabajo y formación que solo puede desplegarse en el ejercicio mismo de la investigación. En otras palabras, entendemos que el proceso de investigación posee mucho de artesanal, lo que implica que *los problemas concretos* que van surgiendo a lo largo del proceso de trabajo son los que nos llevan a elaborar herramientas y estrategias que nos permitan resolverlos.

Nuestro objetivo, entonces, no radica en la formulación de un modelo universalmente válido, ni en la definición unívoca de conceptos, sino en la *problematización* respecto de la investigación referida a algunas dimensiones que hacen a eso que se denomina “neoliberalismo”, desde una perspectiva teórico-política, dado que no existe saber que no se encuentre situado en una posición, en un conjunto complejo, conflictivo y contradictorio de relaciones de fuerzas.

EL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO COMO CONOCIMIENTO CRÍTICO LAS RUPTURAS EPISTEMOLÓGICAS

EL SENTIDO COMÚN

Los problemas que aquí abordaremos se encuentran vinculados a la construcción de una forma particular de conocimiento: la investigación social de carácter crítico, a menudo llamada, no sin debates que ahora dejaremos de lado, “conocimiento científico”.

Consiste en una forma de conocimiento específica cuyos comienzos históricos se hallan profundamente ligados a la consolidación del capitalismo y a los problemas relacionados con la cuestión social y la cuestión colonial en algunos países de Europa y en Estados Unidos¹.

Existen diversas visiones acerca de los aspectos que diferencian al conocimiento científico respecto de otras formas de conocimiento. Muy esquemáticamente, es posible sostener que mientras algunas plantean que se trata de un modo de conocimiento neutral y desinteresado, otras aducen que tal neutralidad resulta imposible y que la tarea de las ciencias, o al menos de las investigaciones rigurosas, radica en brindar explicaciones bien fundadas que contribuyan a la resolución de *problemas históricamente situados*. Sobre este tema volveremos más adelante, cuando abordemos el problema del carácter político de las ciencias; lo que nos interesa destacar ahora es que el conocimiento científico no constituye la única forma a través de la cual comprendemos la realidad.

En nuestra vida cotidiana apelamos de manera constante a múltiples tipos de saberes para describir, explicar y actuar en el mundo. Estas formas de conocimiento varían de acuerdo con la cultura y pueden incluir explicaciones científicas, pero más frecuentemente provienen del *sentido común*, del cual afirmamos, siguiendo a Descartes, que todo el mundo se cree tan bien provisto de él que no estima que pueda tener más del que ya posee (1964: 19-20).

Ahora bien, el sentido común y otras formas de saberes no se encuentran tan aislados y perfectamente delineados y delimitados en su aplicación como a veces queremos creer, sino que se superponen e interactúan entre sí y configuran nuestro modo de ser en el mundo.

El sentido común consiste en uno de esos modos de transitar (lo cual incluye conocer) el mundo que se adquiere de una manera que es en ciertos aspectos consciente, pero en buena medida inconsciente; adquisición que se estructura a través del proceso de socialización y que hace que cada grupo humano despliegue modos particulares de dar sentidos a la realidad. El sentido común implica un conjunto de prácticas de carácter cognitivo, moral, afectivo y social que se plasman en representaciones diversas (conscientes o no), que no necesariamente son coherentes entre sí y que resultan de un largo proceso de aprendizaje social transmitido a través de sucesivas generaciones. Estas prácticas se entretejen en nuestra vida cotidiana y nos permiten comprender la mayor parte de los procesos a los que tenemos acceso habitualmente.

¹ Para profundizar sobre los comienzos históricos del conocimiento científico, consultar el capítulo “Modernidad, cuestión colonial y cuestión social” en Murillo (2012a) y Murillo (2012b).

Hablamos de “prácticas” y no de “ideas” para referirnos al sentido común, pues, en todo caso, las ideas conforman contenidos cognoscitivos que siempre son un aspecto de prácticas complejas. Nuestro sentido común nunca es un mero conjunto de ideas, así como cuando alguien, al aludir a un pobre, dice “negro villero” y le da vuelta la cara, o cuando simplemente no lo invita a su fiesta, o cuando sostiene en una conversación casual que es inmoral que haya una justicia social distributiva. En todos esos casos, hacemos mención a un sentido común que está operando en un conjunto de prácticas concretas y en el cual existen conceptos, valoraciones, acciones, relaciones, no solo ideas.

Estas prácticas, sin embargo, constituyen un problema a la hora de llevar a cabo una investigación de carácter científico, porque carecen de rigurosidad, ya que, como señalamos antes, no se trata de prácticas que aceptamos de un modo reflexivo, sino que frecuentemente son inconscientes o preconscientes para nosotros; no media respecto de ellas un análisis crítico o, si lo hace, esa reflexión proviene a menudo de otros sectores del sentido común.

Las prácticas de sentido común son, precisamente, aquellas sobre las que más se han centrado los esfuerzos de los estrategas neoliberales. Sostenemos esto, pues, desde la Primera Guerra Mundial y la Revolución Soviética, en Estados Unidos se han ido construyendo, de modo sistemático, la propaganda y las relaciones públicas. Ello puede constatarse, entre otros, en la lectura de los trabajos de Walter Lippmann y de Edward Bernays, quienes ocuparon destacados lugares ligados a la construcción de la opinión pública durante décadas, el primero hasta la del setenta, el segundo hasta la del noventa. Lippmann afirmaba, en 1922, que era menester conducir a las “masas irracionales” a través de construirlas en la obediencia, interpellando a sus emociones más profundas, las que, aseguraba, pueden vincularse a imágenes diversas; de este modo, por varias razones, un rostro o una palabra pueden suscitar por ejemplo el odio en sujetos completamente diferentes y con argumentaciones bien distintas, en tanto ese rostro o esa idea se asocien, de manera no consciente, a emociones profundas en cada sujeto individual.

Por su parte, Bernays argumentaba que resultaba necesario construir “un gobierno invisible” formado por grupos de sujetos en relación con tres atributos: sus “características innatas para el liderazgo, su capacidad de suministrar las ideas precisas y su posición de privilegio en la estructura social” (Bernays, 2008: 15-16; énfasis propio). Tales grupos debían trabajar, pues “la manipulación consciente e inteligente de los hábitos y opiniones organizados de las masas es un elemento de importancia en la sociedad democrática” (Bernays, 2008: 15). En ese sentido, ambos forman parte de una estrategia tendiente a construir un nuevo modo de democracia, en el cual los especialistas tomen decisiones por los miembros de la sociedad, de manera tal que estos acaten esas decisiones como si fuesen propias (Lippmann, 2003). En esa clave, mucho es lo que ha transitado el neoliberalismo hasta el presente, pretendiendo construir valores acordes a los intereses de grupos hegemónicos a nivel internacional, tarea en la que la construcción del sentido común conforma uno de los objetivos centrales, de modo que la competencia y la autorresponsabilización por la propia vida y muerte se naturalicen, en desmedro de utopías colectivas².

² Para ahondar en este tema hasta el presente, ver Murillo (2018b; 2020a).

LA TORSIÓN INTERIOR

Una investigación rigurosa requiere, por ende, intentar –aunque esto no se logra jamás de modo absoluto– realizar *una torsión interior respecto del propio sentido común*. Pero también de lo que Bachelard (1999) denominaba “el aparejo de las razones”; esto significa que todo aquello que hemos aprendido en el mundo académico nos ha provisto de un conjunto de conceptos y lecturas de procesos históricos que damos por supuestos, que se nos presentan como evidencias, sobre las que no se nos ocurre dudar. Así, el conocimiento científico –o tal vez mejor sería decir una investigación rigurosa– implica en primer lugar tratar de efectuar una autocrítica transformadora, en la cual procuraremos, hasta donde sea posible (pues no existen sujetos fuera de la historia), *poner entre paréntesis, o al menos gestar, interrogantes sobre lo que creemos sabido*. Esto a veces conlleva rupturas interiores dolorosas, más en estas épocas en las que tras una aparente libertad de todo tipo, ciertos conceptos y modos de ver el mundo parecen unificarse sin posibilidad de cuestionarlos siquiera; al tiempo que quien se atreve a ponerlos en duda corre el serio riesgo de experimentar la sensación de quedar fuera del mundo. Ello ocurre hoy en consonancia con lo que proponía Lippmann en *La opinión pública*, en 1922: lograr que los miembros de las masas irracionales solo estén en posición de decir “sí o no” frente a alternativas que se le presentan y, al hacerlo, que cada individuo experimente que está llevando a cabo un uso libre de su pensamiento. Nunca como antes parece estar realizándose la profecía de Marcuse acerca del “cierre del universo de discurso” (Marcuse, 1969). Por eso, la primera actitud es de alerta hacia las propias convicciones, en especial hacia las perspectivas teóricas que, cada vez de modo más frecuente, son construidas en espacios que emergen del vientre mismo de los centros de poder³.

En esa clave, el neoliberalismo ha tenido varios hitos directrices en los que se trazó una estrategia tendiente a cooptar a los universitarios e influir en su formación a través de tanques de pensamiento, que colocan autores “a la moda” en los medios públicos y universitarios, pero también en la construcción de las currículas y en el diseño de políticas científicas, por medio de directivas de empresas y organismos internacionales⁴. La formación de universitarios con valores acordes a las tácticas del proyecto neoliberal resulta fundamental, pues de la Academia emergen a menudo líderes políticos y sociales, así como intelectuales y comunicadores de influencia masiva o investigadores ligados a intereses de las grandes empresas.

³ Así, por ejemplo, los diarios consumidos con mayor asiduidad por los científicos sociales de Nuestra América, tales como *The Washington Post* o *The New York Times*, dependen de sendos grupos financieros internacionales. También es frecuente encontrar en trabajos académicos referencias a datos elaborados por organismos internacionales, como el Banco Mundial, sin que medie una reflexión crítica acerca de cómo fueron construidos esos datos.

⁴ Para analizar estos aspectos, ver Denord (2002), Murillo (2012a; 2017), De Büren (2015) y Salinas Araya (2016).

LA CONCEPTUALIZACIÓN TEÓRICA

A partir de aquí una investigación rigurosa debe poder fundamentar sus afirmaciones, y para ello debe apelar a un marco conceptual –algunos lo denominan “teoría”– que inevitablemente implica una específica forma de trabajo, frecuentemente llamada “método”, es decir, un conjunto de reglas cuya misión consiste en otorgar rigurosidad y crítica a aquello que se asegura.

Desde la mirada que proponemos, supone cuestionar todo aquello que se nos presenta como una verdad autoevidente e intentar desplegar el carácter crítico y autocrítico del conocimiento.

Esto nos lleva a otra razón por la cual sostenemos que la práctica científica debe operar *una ruptura con el sentido común y poner distancia respecto de los conceptos teóricos ya aprendidos y asumidos como propios de modo acrítico*. Las prácticas que conforman tanto al sentido común como al aparejo de razones incorporadas en la formación universitaria no son neutrales ni “inocentes”, sino que conllevan ciertas visiones del mundo que fueron construidas en el marco de correlaciones de fuerza históricamente situadas y que, por ende, aun cuando se hallen más allá de nuestra conciencia, nunca nos son totalmente ajenas. En muchos casos, estas prácticas conforman el resultado de estrategias tendientes a que los sujetos aceptemos las relaciones de dominación en las que vivimos como si fueran “naturales” y, por lo tanto, inmodificables. Tal es el caso de diversas prácticas neoliberales, como mencionábamos en los apartados anteriores.

Esto no significa que lo que llamamos sentido común o las teorías aprendidas se encuentren construidos exclusiva y deliberadamente siempre a partir de estrategias tendientes a la reproducción del orden social. En este sentido, autores como Antonio Gramsci (1971; 2003; 2009), Raymond Williams (2008; 2009) o Edward. P. Thompson (1989; 2019) han dado cuenta de la persistencia histórica de ciertas visiones, percepciones y valores presentes en las prácticas de sentido común de la clase trabajadora y su importancia en las diversas formas de lucha y resistencia protagonizadas por los trabajadores.

No obstante, la permanencia de estas percepciones, visiones y valores muy tempranamente, al menos desde los años veinte del siglo pasado por condiciones histórico-concretas –que hasta el presente estuvieron ligadas a sucesivas crisis capitalistas investidas por luchas de los trabajadores en diversos espacios del planeta–, ha sido entendida como un problema por parte de las clases hegemónicas. Frente a ellas, se han desplegado diferentes estrategias, que apuntaron explícitamente a moldear el sentido común a partir de la incorporación de conceptos que se plasman en teorías o marcos conceptuales que sostienen valores tendientes a la disolución del lazo social y que se transmiten fundamentalmente desde tanques de ideas a los ámbitos académicos, como apuntábamos más arriba.

En ese sentido, resulta menester, para desplegar una investigación sobre neoliberalismo –o sobre otro tema que se desee abordar–, analizar documentos en los que, de modo explícito, diversos grupos internacionales reunidos al menos desde 1938, y con más fuerza luego de la Segunda Guerra Mundial, gestaron lo que se denominó “nuevo liberalismo”; proceso que ha optado por trazar un proyecto cuyo objetivo radica en la gestación de una “revolución cultural” que modifique los valores de las poblaciones. Entre estos valores, es posible referir aquellos que apuntan a la construcción de los sujetos como “empresarios de sí

mismos”, a la expansión de la lógica del mercado como clave interpretativa de los vínculos entre los sujetos, a la aceptación de la natural desigualdad de los seres humanos, y la valorización de la libertad individual negativa y la competencia como aspectos centrales de la existencia.

En esta clave, *tanto el sentido común como el debate académico pueden ser pensados como campos de confrontación en los cuales es posible que coexistan ideas, percepciones y valores contradictorios; esto no es algo propio del neoliberalismo, lo nuevo consiste en la centralidad que estos aspectos de la condición humana adquieren en las formas de gobierno neoliberales.*

Lo que nos interesa remarcar ahora es cómo estas ideas, valores y percepciones atraviesan nuestras prácticas de sentido común y académicas, dado que forman parte de nuestra construcción como sujetos, a la par que conforman un obstáculo para efectuar esa torsión necesaria a la práctica de investigación, que posibilite un conocimiento crítico.

Ahora bien, la configuración de un pensamiento crítico no puede quedarse en el aspecto negativo de la torsión que desestructura; debe avanzar hacia la *construcción de conocimiento* y en ese sentido resulta indispensable tomar, al menos provisoriamente, algunos conceptos teóricos. La *conceptualización teórica* se torna imprescindible, es como una luz que ilumina ese caos, la realidad que intentamos conocer, al menos parcialmente. Sin ella, solo existe ciego empirismo que únicamente justifica lo dado, mera recolección de hechos y elaboración de datos, que alguna consultora utilizará con fines ajenos a la investigación rigurosa.

Pero entonces emerge otro problema: ¿es que acaso aplicaremos de manera obcecada ciertos conceptos teóricos a *hechos* para transformarlos en *datos* sin más? Ese constituiría otro error.

LA PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN

LA CENTRALIDAD DE LA PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN

La *aplicación de conceptos* resulta tan errónea como el ciego empirismo: en nada permiten avanzar, salvo en la indiferente aceptación de lo dado. Y aquí interviene algo que va más allá de cualquier canon científico, se trata del *deseo*. No nos internaremos en disquisiciones de ningún tipo acerca de ese término; solo mencionaremos que con él aludimos a que algo en nuestro cotidiano ser en el mundo debe habernos interpelado como sujetos, algo debemos experimentar como faltante para tratar de comprender y transformar una situación; esa puesta en movimiento, que nunca es meramente individual, genera *preguntas*. Ellas nos cuestionan habitualmente en nuestra vida cotidiana, por razones tanto nimias como nobles.

Sin embargo, cuando ese movimiento, esa pulsión nos incita a cuestionarnos algo respecto de los conceptos y del sentido común; cuando ese impulso nos mueve a responder buscando de modo riguroso hechos, procesos, discursos, documentos entre los cuales podamos establecer algunas relaciones que colmen ese vacío, esa errancia que hace a nuestra condición humana; cuando intentamos continuar el hilo de esa pregunta iluminados por conceptos, al menos provisorios, entonces estamos construyendo una *pregunta de investigación*, que se inscribe poco a poco en una *problemática*. Así, por ejemplo, el interrogante acerca de por qué aumentan los alquileres en un mercado inmobiliario cada vez más deprimido solo puede ser una *pregunta de investigación en el campo de las ciencias sociales* en tanto y en cuanto sea formulada desde una problemática socio-histórica; por ejemplo, la de la vivienda en un territorio dado, problemática que ya posee conceptos teóricos y procesos históricos estudiados, que pueden ayudarnos a comenzar a elaborar la pregunta con mayor precisión. Nunca es posible preguntarse algo sobre lo que nada se sabe.

Otro aspecto a tener en cuenta consiste en que la pregunta problema *constituye un interrogante que debe ser respondido en la investigación*. Resulta importante que contemplemos el tipo de trabajo en relación con el cual la formulamos, ya que no es lo mismo elaborar una pregunta para un artículo o una ponencia que para una tesis doctoral. Dependiendo del caso, la pregunta será más o menos amplia y atenderá a las posibilidades de desarrollo implicadas en cada formato.

También es necesario observar que la pregunta problema de una investigación *siempre debe estar acotada espacial y temporalmente*. Hemos planteado más arriba que nos posicionamos desde una perspectiva teórico-política que entiende que el objetivo de una investigación no radica en construir explicaciones universalmente válidas, sino en aportar a la comprensión rigurosa de problemas históricamente situados que contribuyan a su resolución. Así, la especificación de las coordenadas espaciotemporales de la pregunta problema no solo se vincula a las posibilidades fácticas de responderla, sino que implica un posicionamiento epistemológico.

Según lo desarrollado hasta aquí, para comenzar a trabajar contamos con tres elementos fundamentales a fin de iniciar una investigación rigurosa: *efectuar una torsión interior, elaborar un marco conceptual y, en ese contexto, construir*

una pregunta que, al tratar de resolverla, probablemente nos genere nuevas tensiones y modifique nuestro caudal teórico inicial.

Ahora bien, esto presentado esquemáticamente no puede obviar el hecho de que vivimos en el mundo y es desde él, desde nuestra praxis en él, que surgirá la pregunta que nos inducirá a la búsqueda. Nadie que de modo indiferente pretenda solo aprobar una materia o ganar alguna beca o premio ha podido jamás generar una pregunta de investigación genuina; así entonces, resulta menester preguntarse ante todo si deseamos y estamos dispuestos a trabajar para conocer o comprender algo que aún no entendemos. No es necesario buscar originalidad: se trata de la posición de un *sujeto auténtico* que busca y desea sistematizar y compartir con otros aquello que inquiere, al tiempo que aprende con otros.

Pero si esto es así, deberemos buscar *cómo responder a la pregunta*. Existen corrientes epistemológicas diversas que contestan a esto; aquí optaremos por un modo de abordaje de la pregunta de investigación que se centra en la *arqueología*, planteada por Michel Foucault. En la clave arqueológica, la pregunta, los conceptos y los modos de abordar *la* pregunta no constituyen algo radicalmente diverso, solo los separamos por razones expositivas.

LA PREGUNTA ARQUEOLÓGICA

Si existe algo que caracteriza a una pregunta arqueológica, esto es: *¿cuáles son las condiciones de posibilidad que hacen que un hecho, proceso, discurso, técnica, tecnología social, código, ley, reglamento, u otro evento que nos genere interrogantes, haya ocurrido en este momento y no en otro, en este territorio y no en otro? A la vez, ¿cuáles son las condiciones que lo han hecho circular, tornarse hegemónico, ser olvidado o recordado o traducido o resignificado?* Así, por ejemplo, una pregunta arqueológica consiste en: *¿cuáles son las condiciones de posibilidad que han hecho que en un cierto territorio-tiempo haya aparecido el concepto de un “nuevo liberalismo”? ¿Por qué en esos espacio-tiempos y no en otros? ¿Cuáles han sido las condiciones de sus diversas derivas? ¿Bajo qué condiciones ha sido bloqueado y desbloqueado? ¿Cuáles son las tácticas y técnicas a través de las cuales esas modificaciones acontecen en determinados territorio-tiempos y no en otros?*

Para laborar con la pregunta arqueológica, es menester tomar en cuenta varios elementos. En primer lugar, resulta importante remarcar que la ruptura que supone la construcción del conocimiento científico respecto del sentido común y de los saberes conceptuales establecidos *no se sitúa en la oposición entre un conocimiento “objetivo” y uno “subjetivo”*. Desde la perspectiva en la que nos situamos, ambas formas de conocimiento son subjetivas, en el sentido de que emergen de un conjunto de prácticas que realizan los sujetos en el marco de correlaciones de fuerzas históricamente situadas.

De este modo, en segundo lugar, lo que se encuentra en juego a la hora de construir conocimiento crítico en una perspectiva arqueológica es la necesidad de *fundamentar rigurosamente* todas nuestras afirmaciones a través de algunas técnicas que suelen articularse en algo llamado “método”. Ahora bien, eso que denominamos “método” no es una especie de “receta” o un instrumento neutral del que pueda hacer uso cualquiera que quiera investigar, sino *un conjunto de procedimientos indisociables de una perspectiva conceptual y política*. La

construcción de conocimiento crítico implica entonces asumir que no existe una opción teórico-metodológica que nos permita reflejar de un modo neutral “la realidad”, sino distintas opciones que suponen posicionamientos también diversos en las luchas por la construcción de esa realidad, ya sea en términos de su reproducción o de su transformación. Precisamente, la epistemología forjada y desplegada por estrategias neoliberales como Karl Popper, Friedrich Hayek, Ludwig von Mises, Milton Friedman, Antonio Damasio o Daniel Goleman, entre otros, incluso con matices diferenciales, presenta al método científico con caracteres de neutralidad y universalidad.

Esta mirada, en tercer lugar, implica *la inseparabilidad de teoría y método* (escisión que solo es plausible pensar en el papel, ya que en la práctica de investigación resulta inseparable). Ello supone un posicionamiento crítico respecto de aquellas perspectivas que asocian el conocimiento a la neutralidad, entendida como la capacidad del investigador de reflejar los “hechos” como si fuera un espejo. Estos enfoques epistemológicamente fueron sancionados por el positivismo clásico del siglo XIX. En el campo de las ciencias sociales, ellos emergieron ligados, como mencionamos anteriormente, a la cuestión social y colonial y sobre el modelo de las ciencias naturales (sean las de carácter físico o las ligadas a la vida). Estas posiciones epistemológicas tuvieron –a menudo más allá de la voluntad de los actores involucrados– una fuerte ligazón a los Estados, a través de academias y universidades, de modo que frecuentemente legitimaron el Estado burgués y colonial que se asentaba en el centro y que encontraba sus réplicas, habitualmente diversas a los modelos europeos y estadounidense (Murillo, 2012a; 2012b).

En cuarto lugar, a nivel historiográfico, esas visiones se tradujeron en lo que Michel Foucault (1980; 2015) –siguiendo las enseñanzas de sus maestros Gaston Bachelard (1999) y Georges Canguilhem (2009) en la crítica a lo que este último designó la “historia dogmática de la ciencia”– denominó “historia global” o “historia de los historiadores” que, nacida en el siglo XIX en medio de la expansión imperial de algunas naciones, construyó a la historia como una sucesión continua y lineal de hechos articulados por un sentido único (como la idea de “progreso”, de “evolución” o de “racionalización” creciente del mundo); eventos que a la vez fueron (y son asiduamente) presentados como apiñados en torno a un centro único, tanto geográfico como temporal (centro ligado a algunas naciones europeas y a Estados Unidos).

Esta visión se complementa con una mirada que sostiene que la historia constituye la memoria exacta de lo que fue y que, por lo tanto, la tarea del historiador consiste en reflejar los hechos del pasado tal y como sucedieron. Para esto, se afirma, resulta menester basarse en fuentes escritas que permitan un acceso lo más “neutral” posible a los hechos, como las provenientes del ámbito diplomático del Estado. Tal vez la *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana* escrita por Bartolomé Mitre (1887) sea uno de los tantos ejemplos de ello.

En quinto lugar, frente a esta mirada, diversas perspectivas, ya en el siglo XIX y en especial a comienzos del XX, han planteado que *la historia no es memoria*. Las revueltas de fines de siglo XIX y en particular los horrores de la Primera Guerra Mundial, así como la ruptura producida por la Revolución Rusa, fueron condiciones de posibilidad para la emergencia de críticas a esa visión lineal, racional, continuista, memorista y progresiva de la historia. Propuestas como las de Karl Marx, Lucien Febvre, Gaston Bachelard, Georges Canguilhem,

Marc Bloch o Michel Foucault, por solo mencionar algunas, sostienen que la historia, lejos de ser reflejo exacto de los hechos del pasado, es la producción gestada en un conjunto de prácticas históricamente situadas, en las que se conjugan los efectos de los acontecimientos en nuestros cuerpos (incluso más allá de nuestra propia conciencia) con nuestros modos de interpretar esos acontecimientos en relación con el posicionamiento político que adoptamos en el presente (Murillo, 2008). Así, instituciones como el Cato Institute o la Rockefeller Foundation dan una historia oficial del libre mercado, o la Bill & Melinda Gates Foundation informa por qué resulta necesario limitar la reproducción de familias pobres en el mundo. Al analizar en clave arqueológica los documentos emergentes de esas instituciones u otras, es menester preguntarnos en qué relaciones de fuerzas surgen, en qué superficie de emergencia histórica, con qué otras instituciones se relacionan, desde qué posiciones de poder son emitidos, hacia quién están dirigidos y qué sentido poseen para ellos los cuerpos vivientes y no vivientes.

En esta última perspectiva, Foucault acuñó, en sexto lugar, la noción de “historia efectiva” o “historia general”, que se plantea como uno de sus objetivos centrales la búsqueda de las discontinuidades y las rupturas en la historia –conceptos que son tomados de los trabajos sobre epistemología e historia de las ciencias de Bachelard y Canguilhem–. A pesar de esta advertencia desplegada por Foucault, existen bibliografía y documentos actuales que analizan los procesos históricos en Nuestra América de modo tal que la conquista hispano lusitana, que tuvo sus comienzos a fines de siglo XV, es presentada como el “origen” de lo acontecido hasta la formación de los Estados neocoloniales en el siglo XIX y su desarrollo en el XX y XXI. El término “origen”, en la perspectiva arqueológica, implica suponer que hay un momento o proceso en el cual “todo está ya dado”, como en germen o en una potencia, que se desplegará luego lineal y necesariamente a lo largo del tiempo. Estos modos de escribir la historia obturan las mutaciones, las discontinuidades, emergentes de complejas relaciones de fuerzas, algo que no es inocente y no deja de tener consecuencias teóricas y políticas. Para el caso de nuestros territorios ocluye la derrota de los imperios ibéricos, la emergencia y potencia del Imperio inglés desde fines del siglo XVII, así como la hegemonía ejercida por Estados Unidos desde el período decimonónico y con mayor ímpetu tras la Segunda Guerra Mundial.

Otros textos afirman que las situaciones a las que fueron sometidos los pueblos originarios durante la conquista conforman el modelo de las sociedades disciplinarias, sin comprender las profundas mutaciones históricas que entre tales procesos han acaecido (Murillo, 2012a). Resulta imperioso reflexionar acerca de las rupturas y discontinuidades que esa linealidad en el análisis obtura visibilizar; al tiempo que constituye una pregunta arqueológica interrogar sobre cuáles son las condiciones de posibilidad que hacen a la invisibilización de tales rupturas a partir de subsumirlas en un relato lineal (que no obstante a veces se presenta a sí mismo como discontinuo).

En *La arqueología del saber*, Foucault plantea que uno de los rasgos más importantes de la nueva historia⁵ es el valor de lo discontinuo; las

⁵ Con esa alusión a la nueva historia menciona, en los primeros párrafos al comienzo de *La arqueología del saber*, a la Escuela de los *Annales*, liderada por Marc Bloch y Lucien Febvre, en el campo de la historiografía, por un lado, y por otro, a Bachelard, Canguilhem y Althusser en el campo de la historia y crítica de las ciencias y de las ideas, al tiempo que reconoce que tal “renovación” de la historia (sea en la historiografía, sea en la epistemología) encuentra sus

discontinuidades se integran a la práctica de modo tal que ya no se trata de una fatalidad que el investigador recibe a pesar suyo de las fuentes y que deben ser eliminadas para construir una historia lineal y continua, sino algo que debe ser buscado activamente y de modo sistemático (Foucault, 2015: 18-19).

DOS EJES EN LA BÚSQUEDA DE DISCONTINUIDADES

En la búsqueda de estas discontinuidades, es posible distinguir *dos grandes ejes de análisis*. El primero se sitúa a nivel horizontal y apunta a captar en los documentos la multiplicidad de las diversidades en las cadenas de acontecimientos que rigen los procesos en un mismo tiempo y espacio (por ejemplo, las diferentes visiones y acciones respecto del Estado, la familia, la música, la poesía, la locura, la delincuencia).

El segundo nivel de análisis se ubica a nivel vertical y busca conocer las rupturas que se producen entre distintas “épocas” o momentos históricos. Foucault utiliza el concepto de “mutación” –tomado de Canguilhem– para hacer referencia a este último nivel y lo caracteriza de diversos modos en sus textos. Dependiendo de los problemas en relación con los cuales se plantea el concepto, una mutación puede ser una transformación no acumulativa en las maneras del ver y del hablar, en los modos hegemónicos de ejercicio del poder sobre los cuerpos o en las formas de gobierno de los sujetos y las poblaciones. Más allá de las especificidades de cada caso, lo que nos interesa destacar es que en la historia efectiva se producen mutaciones, las cuales implican transformaciones paulatinas en las prácticas sociales que suponen una ruptura, un cambio no acumulativo de ellas.

Así, cuando analizamos la medicina del siglo XX, advertimos paulatinamente que emergen formas de ver, hablar, diagnosticar, intervenir, clasificar a las poblaciones, que nos permiten referirnos a una mutación desde la medicina clínica a la biomedicina, sin que ello implique la total desaparición de la clínica; otro tanto podemos afirmar del Estado, de la democracia, de la educación primaria, de la familia y de otros aspectos de la vida en sociedad o de las creencias. Del mismo modo, es posible observar que las ciencias introdujeron en el siglo XIX, y hasta ahora, una neta distinción entre creencia y ciencia, según la cual, por ejemplo, hablar de la “virgen” o haberla “visto u oído” es en nuestra urbe un signo de padecer algún tipo de malestar psíquico; no obstante, en algunas zonas del país, ello resulta algo aceptable para el cotidiano de ciertas poblaciones. Construir *historia efectiva sobre el neoliberalismo* implica entonces tener en cuenta el problema de la discontinuidad y asumir que eso que denominamos neoliberalismo es algo más amplio y más complejo que una doctrina económica cuya existencia actual sería el resultado de la progresiva expansión de la libertad humana a lo largo del tiempo.

Desde la perspectiva que proponemos, el *neoliberalismo constituye un proyecto civilizatorio* que intenta expandirse a nivel global, adaptando sus supuestos fundamentales a las diversas culturas de la tierra. Nuestra hipótesis de trabajo radica en que esta matriz se despliega a través de estrategias multívocas, que apuntan a una forma específica de gobierno de los sujetos y las poblaciones

comienzos fundantes en Marx, Nietzsche y Freud (los tres hijos no reconocidos por el siglo XIX, según afirmaba Althusser).

cuyo eje central consiste en la modulación del deseo subjetivo hacia la apetencia de los bienes ofrecidos por el mercado (Murillo, 2015; 2018a). Estas estrategias se fueron gestando de forma paulatina en la historia desde, por lo menos, el último cuarto del siglo XIX, pero recién hacia mediados de la década del setenta del siglo pasado diversas condiciones de posibilidad históricas permitieron su desbloqueo, lo que generó una mutación en las formas de gobierno de los sujetos y las poblaciones (Murillo, 2008). Esto implica que la difusión de la racionalidad de gobierno neoliberal no es un resultado natural ni inevitable de la evolución lineal de la historia, sino el producto de distintos y complejos procesos y confrontaciones históricamente situadas.

De modo complementario, nuestra mirada sobre las estrategias concretas a través de las cuales se extienden estas formas de gobierno implica asumir que, aun cuando férreas en sus supuestos básicos, no son unívocas en sus diversas intervenciones espaciotemporales ni en el interior de cada uno de ellos. En otras palabras, proponemos un abordaje de las estrategias de gobierno neoliberales que dé cuenta de un poliedro de inteligibilidades y permita leer un conjunto de condiciones de posibilidad histórico-concretas que hacen a su configuración histórica, entendiendo que estas no constituyen una totalidad homogénea y coherente en términos lógicos, sino que se van conformando a través de tácticas-técnicas locales cuya coherencia se sitúa en el nivel de los efectos que producen y cuyo devenir resulta indisociable del devenir de la lucha de clases en sus diferentes formas.

EL TRABAJO ARQUEOLÓGICO CON DOCUMENTOS

Hasta ahora trabajamos algunos conceptos y problemas vinculados a cómo comenzar a pensar arqueológicamente la construcción de aspectos de la historia efectiva del neoliberalismo, poniendo énfasis en la centralidad que posee el estudio de las discontinuidades. Ahora bien, para poder abordar esta tarea es necesario especificar cuáles son las coordenadas concretas que planteamos para la investigación. Para ello, nuestra propuesta consiste en recuperar el *trabajo arqueológico con documentos*. Veamos de qué se trata.

En primer lugar, el trabajo documental apunta a indagar en las diversas *capas arqueológicas*⁶ a través de las cuales se configura nuestra realidad o, más precisamente, aquellos aspectos de la realidad que nos proponemos conocer a través de nuestra investigación.

Retomando las formas de gobierno neoliberales, el trabajo arqueológico apunta a que podamos dar cuenta de diversos procesos (tecnológicos, políticos, filosóficos, culturales, académicos, poblacionales, subjetivos) mediante los cuales se han ido construyendo históricamente esas formas de gobierno para dar lugar a su configuración en el presente. Resulta importante aclarar que estas capas o

⁶ Nos referimos a “capas arqueológicas” siguiendo a Foucault, pues, como ya apuntamos, no existe una historia lineal, unívoca, atravesada por un sentido único, sino que, por el contrario, la historia implica cortes o mutaciones a nivel vertical, pero también horizontal. De modo que el presente está siempre preñado de sentidos diversos, contradictorios, solapados que emergen sin siquiera notarlo en los aspectos antepredicativos de nuestras prácticas. Ello es, se encuentran ahí y nuestra socialización recoge esos hilos dispersos, diversos, contradictorios y también coherentes del pasado (Murillo, 2008).

procesos poseen una complejidad tal que nos impide conocerlos en forma acabada; se trata más bien de abordar rigurosamente *aquellos aspectos que se nos presenten como relevantes para nuestra investigación, siempre en relación con la pregunta problema* formulada.

En segundo lugar, para poder acceder a esos procesos, es necesario que trabajemos con *documentos*, que son las fuentes de nuestra investigación. La propuesta arqueológica implica una forma de concebir los documentos que supone una profunda crítica a la historia global. Frente a la visión que sugiere que la historia debe basarse solo en aquellos documentos que permitan acceder a los hechos del pasado de manera neutral y que para esto deben priorizarse las fuentes diplomáticas provenientes del ámbito estatal, la arqueología plantea que un documento es cualquier registro material del pasado. Así, un documento puede ser un mapa, una receta, una poesía, una canción, un tratado, una ley, un reglamento, un cuadro, una disposición arquitectónica, una fotografía.

Los criterios que nos permitirán considerar algunos documentos por sobre otros serán tanto fácticos –más allá de nuestras aspiraciones, el trabajo con estos está dado por nuestra posibilidad concreta de acceder efectivamente a ellos–, como teórico-políticos. Ahora bien, el *corpus documental* deberá ser *elegido en función de la pregunta problema que nos guía y de la perspectiva teórica* desde donde nos proponemos abordar dicho interrogante. Problema y perspectiva que los documentos pueden constantemente modificar, pero lo que deberemos evitar, en todo trabajo riguroso, será la “aplicación” dogmática de conceptos provenientes de nuestro marco conceptual, la documentación; la tarea exige, cuando sea necesario, criticar y aun modificar el bagaje categorial de partida. Así, por ejemplo, la eugenesia nacida en el último cuarto del siglo XIX (y continuada hasta el presente con otros nombres) estableció una serie de características morales y cognoscitivas para diversas etnias o “razas” o grupos humanos, y ante cada sujeto perteneciente a uno de esos grupos, la vieja eugenesia y sus formas actuales (aunque con distintas denominaciones) ha “aplicado” hasta el presente sus conceptos, si bien con algunas variaciones históricas (Murillo, 2018b).

Con respecto a este último punto, en tercer lugar, es importante destacar que no existe nada en un texto que intrínsecamente lo convierta en una fuente para nuestra investigación. Señalamos esto porque resulta frecuente que en las primeras aproximaciones al trabajo arqueológico surjan *confusiones entre los documentos y los textos* a partir de los cuales elaboramos el marco teórico desde el que abordaremos esos documentos. Muy probablemente, esto se relacione con las características de los documentos que trabajamos; así, cuando tomamos producciones teórico-conceptuales de autores neoliberales, en muchos casos constituyen textos que presentan definiciones pretendidamente universales sobre la libertad, la justicia, el mercado o la sociedad, por ejemplo. Quizás el hecho de que se trate de textos de estatus “teórico” pueda llevar a confusiones sobre el rol que desempeñan en la perspectiva analítica que planteamos. No buscamos afirmar con esto que escritos como los que llevan los nombres de Hayek o Mises no puedan formar parte del andamiaje teórico-conceptual de una investigación (de hecho, existen muchos trabajos que se basan en sus propuestas), lo que sugerimos es que esas investigaciones se encuentran en una posición diversa a la que aquí proponemos, y ello es así pues nuestra perspectiva no se subsume en la conceptualización neoliberal, sino que es crítica de ella.

La distinción fundamental de qué consideramos un texto bibliográfico o un documento radica en la pregunta problema y la perspectiva de las que

partimos. Por ejemplo, si nuestra pregunta consiste en cuál es la matriz teórico-epistemológica del neoliberalismo, los textos de Friedrich Hayek conforman para nosotros documentos que dan cuenta de cómo emergieron y circularon enunciados fundamentales actuales sobre el neoliberalismo; si, por el contrario, pretendemos explicar y legitimar ciertas políticas sociales neoliberales actuales a partir de argumentos, Hayek es parte de nuestro estado de la cuestión, o incluso parte de nuestro marco conceptual, es decir, una bibliografía necesaria.

Todo esto para señalar que es muy importante que tengamos en claro y desde un comienzo cuáles textos formarán parte del corpus documental que analizaremos y cuáles serán antecedentes para formular la pregunta de investigación y el sustento sobre el que elaboraremos el marco teórico-conceptual de nuestra investigación. Dado que, como venimos viendo, no existe nada en un texto en sí mismo que lo defina como documento, resulta necesario que explicitemos y fundamentemos rigurosamente qué criterios nos han llevado a incluirlos como parte del corpus documental de nuestra investigación. Un momento ineludible de esta fundamentación consiste en la descripción de *su relevancia en relación con las preguntas, los objetivos, las hipótesis* (si las hay, pues en una investigación exploratoria puede no haber hipótesis) *y la perspectiva teórico-conceptual con la que trabajaremos*. Más aún, puede ocurrir que un documento que al comienzo de la investigación lo considerábamos parte de nuestro andamiaje conceptual, con el avance de la tarea comprendamos que da cuenta de algunas de sus tácticas o estrategias, conscientes o no.

En este sentido, en cuarto lugar, otra cuestión primordial radica en que el corpus de documentos de una investigación no es algo que podamos definir de antemano. Si bien cuando iniciamos una investigación lo hacemos en función de un proyecto que incluye la elaboración de las preguntas, objetivos, marco conceptual, estrategia y una selección inicial de las fuentes con las que trabajaremos, en la práctica la investigación consiste en un proceso dinámico en el que es muy probable (y también deseable) que el abordaje de los documentos nos lleve a la reformulación de algunos de los ejes de nuestro proyecto inicial y esto, a su vez, haga que nuevos documentos se nos presenten como relevantes.

En quinto lugar, una vez definido el conjunto inicial de documentos con los que trabajaremos, nos encontramos frente al problema de *cómo abordarlos*. En *La arqueología del saber*, Foucault sostiene que la historia general se caracteriza por “tratar a los documentos como monumentos”, mientras que la historia tradicional hace lo inverso, “trata a los monumentos como documentos”. Veamos a qué se refiere. Un monumento constituye un registro del pasado que fue construido con una intencionalidad política; tratarlo como un documento implica invisibilizar esa intencionalidad y abordarlo como si fuera capaz de reflejar los hechos del pasado de forma neutral. La historia efectiva, en cambio, transforma a los documentos en monumentos, en tanto asume que en el análisis de cualquier documento resulta necesario contemplar sus condiciones de emergencia y las correlaciones de fuerzas en las que surgió, circuló, permaneció o fue silenciado, así como la perspectiva desde la cual lo abordamos. En otras palabras, la historia efectiva asume que cualquier documento es un emergente de un conjunto de prácticas sociales y considera que esas prácticas son relevantes al análisis, así como la posición del investigador (Foucault, 2015).

Esto nos vincula nuevamente a la crítica de la historia global, que va más allá de plantear la imposibilidad de un conocimiento “neutral”: apunta también a revelar que esa pretendida neutralidad tiene como objetivo político borrar las

luchas y las resistencias históricas y legitimar las relaciones de dominación actuales, a través de construir una serie de criterios de verdad que el sentido común y buena parte de la Academia acepta acríticamente, como el resultado “natural” de una historia única, exenta de heterotopías.

El documento, entonces, no constituye una materia inerte a través de la cual podemos reconstruir de forma neutral lo que los seres humanos han dicho o hecho, *no se trata de interpretar los documentos ni de establecer su veracidad, sino de trabajarlos desde el interior y elaborarlos relacionándolos entre sí*. Poder construir una investigación rigurosa a través del trabajo con documentos implica entonces toda una tarea por parte del investigador. Nuestro acceso a los hechos del pasado nunca es inmediato, sino producto de un proceso de elaboración que se realiza siempre desde un posicionamiento concreto en una correlación de fuerzas histórica; el conocimiento es siempre un conocimiento en perspectiva (Foucault, 1980: 22).

En este sentido, los textos producidos por Michel Foucault son un ejemplo de lo mencionado. Así, sus investigaciones sobre la emergencia de la higiene pública en el pasaje de lo que denominó el “modelo de la lepra” al de “la peste” en la Francia que transitaba entre el siglo XVIII y XIX del capitalismo mercantil al industrial han sido retomadas por diversos autores europeos y asiáticos, para aplicarlas al análisis y crítica del uso de las cuarentenas en medio de la pandemia que aflige al mundo en 2020; como si fuese comparable el proceso analizado por Foucault en la Francia de aquel período con la situación actual sin precedentes que azota al planeta entero, que en buena parte de sus territorios está siendo gobernado por el proyecto civilizatorio neoliberal. Tal aplicación descontextualizada y deshistorizada posee efectos a través de su difusión en el comportamiento de las poblaciones y en la toma de decisiones políticas (Murillo, 2020b).

LA ELABORACIÓN DE LOS DOCUMENTOS: SERIES Y SERIES DE SERIES

La elaboración de los documentos conforma una de las tareas centrales del proceso de investigación, que se va aprendiendo en la práctica y a través del intercambio honesto con otros. Reiteramos que con esto entendemos que no existen recetas ni principios que puedan ser postulados en abstracto acerca de cómo investigar, pero sí podemos reflexionar críticamente sobre los modos en que otros han abordado sus trabajos e ir construyendo herramientas que nos permitan afrontar los problemas que pretendemos resolver. En este sentido, consideramos pertinente recuperar algunas de las “precauciones” y ejes del trabajo arqueológico.

En primer lugar, la elaboración de un documento *no apunta a determinar si los enunciados contenidos en él son verdaderos o falsos*. Lo que nos interesa es que esos enunciados (y no otros) fueron efectivamente formulados, las condiciones socio-históricas en las que emergieron, cómo y dónde circularon, qué instituciones o posiciones de sujeto hicieron posible dicha formulación y los efectos que produjeron, así como si fueron olvidados, negados o resignificados. Un ejemplo de ello son los trabajos de Antonio Gramsci tal como ellos circularon en las décadas del sesenta y setenta en el mundo universitario argentino, cómo

fueron resignificados a partir de los exilios desde 1976 y cómo fueron retrabajados tras la vuelta a la democracia⁷.

En segundo lugar, debemos *evitar presuponer ninguna homogeneidad* en el interior del documento, ni entre los documentos que trabajamos. Como planteamos anteriormente, el trabajo arqueológico supone una búsqueda activa de las discontinuidades, las contradicciones, los silencios. Esto implica que debemos estar especialmente atentos a no caer en lo que Bachelard (1999) llama “obstáculo de la unidad”. El obstáculo epistemológico de la unidad consiste en asumir de manera acrítica, como una evidencia que no necesita ser fundamentada, que existe una homogeneidad en la naturaleza o en la cultura. Esto nos lleva a observar a “una cultura”, a “un pueblo”, a “una obra”, a “un autor”, a “una tradición” o a “un momento histórico” como teniendo una especie de identidad inmodificable o estática, un sentido único que los atraviesa y nos impide analizar los documentos en relación con la historia efectiva (Murillo, 2012a). Y significa, por ejemplo, no asumir como una verdad autoevidente que el neoliberalismo conforma un conjunto homogéneo y carente de contradicciones de discursos, estrategias y modos de gobierno que emanan de un centro único. O no dar por sentado que prácticas o discursos provenientes de grupos sociales, o de sujetos manifiestamente críticos del neoliberalismo, se encuentran necesariamente por fuera de la racionalidad neoliberal.

En tercer lugar, ligado a lo anterior, es menester interrogarse sobre *la superficie o las condiciones de emergencia* de los enunciados, es decir que para cualquier documento debemos preguntarnos cuáles fueron los procesos socio-históricos que permitieron que esos enunciados fueran efectivamente formulados, en qué correlación de fuerzas han surgido, cómo han circulado, entre qué instituciones, desde qué posiciones de sujeto, si han sido olvidados y luego resignificados y cómo. En este sentido, volvemos a recordar cómo en 2020, en medio de la pandemia mundial, los enunciados de Foucault acerca de las epidemias en Francia en los siglos XVIII y XIX circulan y son reformulados entre algunos pensadores.

En cuarto lugar, resulta necesario interrogarse sobre *la posición de sujeto* de quien habla –decimos “posición de sujeto” para diferenciarlo de la idea de sujeto empírico–. Aquí no nos interesa la biografía ni la intencionalidad del sujeto concreto que ha producido documentos (sea Aristóteles o Ludwig von Mises o Karl Marx), sino el lugar social desde el que habla y la relación de fuerzas en la que se posiciona, ya que el mismo enunciado puede variar su sentido dependiendo de esta posición y relación. No posee similar efecto ni valor social cierto discurso acerca de las cuarentenas en boca del connotado filósofo surcoreano Byung-Chul Han que las críticas que a sus dichos pueda emitir una ignota profesora de Filosofía en un aula de una universidad de un país de Nuestra América.

Esto se relaciona, en quinto lugar, con la pregunta acerca de *la o las estrategias* en el interior de la cual o las cuales circulan esos enunciados, ya que el sentido de ellos también varía en función de la estrategia en la que se inscribe. Por ejemplo, “la desigualdad es uno de los principales problemas de las sociedades latinoamericanas” tiene un sentido si quien lo formula es un docente de un bachillerato popular con respecto a las dificultades de aquellos con los que

⁷ Para un análisis de esta cuestión, es posible leer el riguroso trabajo de Campione (2004).

se encuentra en el aula y otro muy diferente si lo afirma un investigador del Banco Mundial acerca del problema del gobierno de las poblaciones en la región.

También puede ocurrir que un enunciado que surge en el marco de una estrategia de lucha y resistencia sea tomado por otra para neutralizar su potencial crítico. A esta operación, Foucault la llama “relleno estratégico” y es muy frecuente en el neoliberalismo. Así, desde 1994, a partir de los movimientos zapatistas, en la región de Nuestra América existieron diversas luchas contra los efectos del llamado Consenso de Washington. A menudo, esas luchas populares han sido y son colonizadas; lo cual implica que su sentido es resignificado a través de tácticas diversas, entre otras las desplegadas por medios de comunicación, o grupos deliberadamente preparados para actuar en los reclamos colectivos a fin de modificar su sentido, acciones que son replicadas reiteradamente por comunicadores sociales con la finalidad de utilizar legítimas demandas concretas para direccionar objetivos ligados a intereses de grupos de poder que procuran construir hegemonía. Un ejemplo de ello fueron las acciones desplegadas a partir de la tragedia de Cromañón ocurrida en diciembre de 2004, a través de la investidura deliberada de las marchas organizadas por familiares y sobrevivientes de aquel hecho; proceso que culminó en 2006 con la destitución del jefe de Gobierno porteño Dr. Aníbal Ibarra, su reemplazo interino por su vicejefe y finalmente el arribo, en 2007, del neoliberalismo a la jefatura de la ciudad de Buenos Aires, a partir de las elecciones en las que resultó ganador el ingeniero Mauricio Macri. Este proceso deliberadamente trazado para investir el dolor y la indignación de las poblaciones con el fin de gestar una exigencia de rendición de cuentas (*accountability social*) es a menudo desplegada por el proyecto neoliberal con el objetivo de lograr ciertos objetivos sobre la base de un reclamo popular; puede leerse un ejemplo del análisis exhaustivo de tal estrategia en *Colonizar el dolor* (Murillo, 2008). En una clave análoga, aunque con substanciosas diferencias, es posible pensar en el golpe de Estado sufrido por la república hermana de Bolivia a fines de 2019.

El sexto interrogante se relaciona con los *objetos* que construimos en una investigación a partir del trabajo con documentos. Para ello, resulta indispensable tener en cuenta que un objeto de investigación no es la “cosa en sí”, no es la “realidad en sí misma”, sino una construcción que emerge ante nuestros ojos a partir del trabajo de investigación documental; él posee rasgos en común con la realidad, pero nunca es, de modo acabado, la cosa misma, aunque tampoco es posible afirmar que consiste en una mera elaboración imaginaria (esto nos conduce a un largo debate acerca del conocimiento y la verdad, que aquí no desarrollaremos). La pregunta sobre la construcción del objeto de investigación apunta a que podamos indagar en el modo en que los documentos que analizamos lo van conformando. Así, por caso, si estudiamos documentos que llevan el nombre de Hayek, advertiremos que en ellos se va configurando una cierta objetivación de la libertad que es bien diferente de la que podemos observar si analizamos documentos que llevan el nombre de Marx. El ejemplo, un poco burdo, apunta a mostrar que, tal como desarrollaremos más adelante, *el objeto de investigación* no constituye una esencia que preexiste a los enunciados y que se va descubriendo a lo largo del tiempo, sino que se construye a partir de prácticas sociales de exploración históricamente situadas. De este modo, al estudiar los documentos debemos prestar especial atención al modo en que en ellos se van delineando aquellos objetos que resulten pertinentes para nuestra investigación. En relación con la perspectiva analítica de una investigación sobre neoliberalismo, resultan

particularmente relevantes las formas de objetivación de “Estado”, “libertad”, “mercado”, “sujeto”, “pobreza”, “salud”, “desigualdad”, “historia”.

Por último, y en séptimo lugar, surge un problema importante: un documento aislado poco puede revelarnos acerca de lo que se agazapa en una pregunta arqueológica, tal como: ¿cuáles fueron las condiciones de posibilidad que hicieron al desbloqueo del neoliberalismo en Nuestra América? U otra que cada uno/a desee plantear. Para ello, Foucault refiere a *series de documentos*. ¿Qué significa esto? Si esa fuese nuestra pregunta, deberíamos trabajar con documentos provenientes de organismos internacionales como el Banco Mundial; de organizaciones que, veremos más adelante, han tenido influencia entre nosotros, como la Mont Pèlerin Society, la Trilateral Commission, o la Fundación Libertad; trabajos de acción psicológica (llamados entonces “psicopolítica”) diseminados en el continente desde la década del sesenta; programas televisivos de entretenimiento de apariencia inocente e imágenes de cuerpos que esos programas nos enviaban; documentos que revelan la financiarización de las economías, otros que informan de los procesos de transformaciones tecnológicas; entrevistas a personas comunes que entre las décadas del sesenta y del setenta transitaban las calles; los distintos tipos de música que por entonces se difundían; los programas de universidades privadas.

En fin, la multiplicidad alude a documentos diversos: económicos, políticos, televisivos, musicales, educativos, psicológicos. Cada uno podría formar parte de una serie, pero es menester comprender que en el interior de cada una de ella y entre las distintas series no encontraremos homogeneidades absolutas, sino contradicciones, continuidades, solapamientos, rupturas. Otra vez, henos aquí, ante la discontinuidad que reaparece cuando construimos series y las vinculamos entre sí para responder a nuestra pregunta acerca del desbloqueo del neoliberalismo en Nuestra América.

Algo semejante ocurriría si quisiésemos dar cuenta arqueológicamente de cuáles son las condiciones de posibilidad de la hegemonía que las neurociencias parecen tomar en el mundo actual, hasta transformarse en una evidencia ineludible, que pocos se atreven a cuestionar. De este modo, el trabajo arqueológico implica laborar con series de series de documentos, cuyo límite solo el/la investigador/a puede establecer de acuerdo con su pregunta, el período y territorio elegidos, así como sus posibilidades fácticas, que por supuesto son diversas en distintos núcleos sociales.

Todo lo cual nos lleva al último tema que pretendemos abordar: *el objeto de investigación*.

EL OBJETO DE INVESTIGACIÓN

Luego de lo expuesto, parece evidente afirmar que en una perspectiva arqueológica no existe ningún “objeto predado”, y que, si bien la realidad se encuentra ahí y de ella formamos parte, el objeto de investigación no es la “cosa en sí”. Algo sobre lo que trabajó en profundidad Georges Canguilhem y de cuyas enseñanzas se nutrió Foucault. El objeto es una construcción elaborada paulatinamente, en la que el investigador o el equipo no trabajan aislados de otros equipos, ni de organizaciones académicas, ni de movimientos sociales de diversa índole, ni de imposiciones políticas acerca de qué es factible investigar (sean estas imposiciones larvadas o manifiestas). El objeto de investigación se va construyendo en esas series de series, que a su vez son inseparables de otras construidas por otros/as, construcciones que están situadas siempre en un campo estratégico de relaciones de fuerzas. Razón por la que un mismo nombre de objeto, “neoliberalismo”, puede tener diferentes perspectivas. Tal nombre nunca agotará la realidad acabadamente, en todos sus pliegues; nunca generará coincidencias exactas con otros que lo hayan investigado también. Se trata, por el contrario, de elaborar nuestro objeto basándonos en una pregunta genuina, que será aquella que, impulsada por una actitud auténtica, *movida por el deseo de investigar para transformar la realidad en el sentido de la vida*, podrá acercarnos a comprender tanto a esas otras perspectivas como a esa realidad siempre cambiante. Una pregunta auténtica implica así una posición ética y política que solo brota si quienes investigan lo hacen por algo más que un mero interés individual. Actitud esta que las actuales Políticas Científicas en Ciencias Sociales parecen tratar de estimular (el interés individual por sobre la elaboración de una Política Científica Integral al servicio de la sociedad).

En esta clave, sostenemos que *el objeto*, que no es lo mismo que *la cosa*, conforma una construcción también social. Cuando decimos “objeto”, aludimos a una palabra que implica que algo está ahí, ante los ojos, ante la mirada del alma, de la mente o como se quiera nombrar, pero esa mirada se encuentra mediada por una serie de procesos socio-históricos, de modo que *el objeto ya no es el reflejo de “la cosa” misma, eso que también está ahí, el proceso concreto en el que estamos insertos*, pero que nunca acabamos de agotar completamente. La “cosa”, “el proceso histórico concreto” no deja de insistir en nuestros cuerpos, más allá de las palabras; el objeto rodea la cosa-proceso, la menta, rescata algunos de sus aspectos con mayor o menor grado de acercamiento, la modifica. Ambos son construcciones históricas, colectivas y cambiantes, pero no son lo mismo, al tiempo que los dos se rodean, se abrazan, se enfrentan. Pero esto nos lleva a un debate filosófico que no desarrollaremos aquí.

EL NEOLIBERALISMO COMO OBJETO NUESTRA PROPUESTA DE INVESTIGACIÓN

Nuestro objeto de investigación ha sido, en los últimos quince años, el neoliberalismo. Nuestra hipótesis de trabajo consiste en que el neoliberalismo es una mutación en el orden social capitalista que tiende a consolidar el poder de las clases hegemónicas a nivel global. Esta mutación se fue conformando paulatinamente a partir de las sucesivas crisis experimentadas por el capitalismo desde el último cuarto del siglo XIX, crisis sobredeterminadas por las luchas contrahegemónicas, pero será recién en la década del setenta del siglo XX cuando las condiciones socio-históricas concretas permitirán su desbloqueo (Murillo 2018a; 2020a). Desde la mirada que aquí proponemos, el neoliberalismo no constituye una “etapa” posterior al liberalismo en una historia lineal y evolutiva; más bien, sostenemos que se trata de un proyecto de las clases dominantes a nivel global que encuentra entre sus condiciones de posibilidad las diversas formas de resistencias y luchas contra el orden social capitalista. Rebeliones que, para ciertos sectores de las clases dominantes, operaron como una evidencia acerca de los límites de los principios del liberalismo, tanto en lo referente a la cuestión social como a la cuestión colonial. Uno de los ejes de ese proyecto consiste en desplegar un conjunto de estrategias que intentan legitimar hasta el presente la anulación de toda exigencia de derechos por parte de los trabajadores, su transformación en imaginarios “emprendedores” y la autorresponsabilización de todo ser humano respecto de su propia vida y muerte. En este sentido, consiste en un proyecto que, muy tempranamente, ha apuntado a enfrentar los efectos no deseados del poder normalizador por medio de distintas estrategias que apuntan a la ruptura de lazos de solidaridad entre pares, que es una de las condiciones centrales de la resistencia y de la construcción de sujetos colectivos (Murillo, 2018b; 2020a).

De modo complementario, entendemos que este proyecto no se despliega a través de una estrategia homogénea, cuyo núcleo central se situaría en un único territorio nacional o en un tipo de estrategia exclusiva y excluyente. Por el contrario, los procesos históricos ligados a la expansión del neoliberalismo son diversos y encuentran sus comienzos en la crisis capitalista de 1870 y en los trabajos de Carl Menger en 1871 sobre la teoría subjetiva del valor como modo de construir una epistemología que rebatiese los conceptos de la teoría del valor en Marx expuestos en 1867 en *El capital*. También los hallamos en la construcción de la propaganda en Estados Unidos desde la Primera Guerra Mundial y tras la revolución de la Unión Soviética, a partir del Coloquio Lippmann en 1938 y la Mont Pèlerin Society en la década del cincuenta, su “desbloqueo” con la estrategia de la Trilateral Commission y el experimento Chile en 1973, así como sus avatares en el último cuarto del siglo XX con el Consenso de Washington y la caída de la Unión Soviética. Sus diversos despliegues hasta la actualidad exhiben un conjunto de estrategias y corrientes que, aunque férreas en sus objetivos, no son unívocas en sus intervenciones espaciotemporales.

Uno de los núcleos centrales de este proyecto radica en la colonización de las subjetividades a través de lo que se anunció como una “revolución cultural” que debería transformar los valores y los sentimientos de sujetos y poblaciones con el objetivo de actuar sobre el sentido común (Murillo, 2020a). Si bien es cierto que, tal como han planteado Marx (1970; 2002; 2003) o Gramsci (2003),

la modulación de las subjetividades no es una novedad del neoliberalismo, sí lo es el despliegue, como nunca antes en la historia, de un cálculo estricto, basado en saberes científicos, técnicos y cotidianos, acerca de cómo efectuar dicha modulación en valores ligados al interés personal, a la libertad individual y a la competencia (Murillo, 2020a).

En ese sentido, consideramos que el neoliberalismo consiste en un proyecto civilizatorio; es decir, un proceso histórico complejo, en el que se intentan producir profundas transformaciones de los comportamientos, los deseos y la sensibilidad humanos desde el inicio mismo del proceso de hominización. En estas transformaciones, existen organismos internacionales y corporaciones (como la Rockefeller Foundation, el Banco Interamericano de Desarrollo, la Organización de los Estados Americanos, el Banco Mundial, la Mont Pèlerin Society o la Fundación Libertad, por solo mencionar algunas) que intervienen en términos de “planificación estratégica”, diseñando lineamientos tácticos de diferentes niveles en los cuales los fenómenos afectivos, cognitivos, sociales y morales se constituyen a la vez en objeto de conocimiento, cálculo e intervención y adquieren una centralidad como nunca antes en la historia en el gobierno de la subjetividad individual y colectiva (Murillo, 2018a; 2020a).

Esta dimensión del neoliberalismo es la que ha constituido el foco de atención de nuestras investigaciones. Nuestro objetivo radica en indagar en los procesos sociales de subjetivación neoliberales a partir de dos niveles analíticos complementarios: el primero, vinculado a lo que Michel Foucault (2006; 2007) denomina “arte de gobierno” y que refiere al modo en que estas estrategias han sido objeto de acción y reflexión por parte de los tanques de pensamiento que forman redes de intelectuales orgánicos (De Büren, 2015; 2020) del neoliberalismo. El segundo, ligado al despliegue efectivo de estos procesos de subjetivación en Nuestra América, algo que, en términos históricos, implicó la construcción de experimentos sociales sobre diversos grupos poblacionales que apuntaron a la incorporación de valores acordes al neoliberalismo y al borramiento de aquellos vinculados a los derechos universales.

Si bien ambos niveles se encuentran relacionados entre sí, en tanto los procesos de subjetivación se montan sobre una reflexión sistemática acerca de los valores a construir o destruir para garantizar el gobierno de los sujetos y las poblaciones, consideramos que resulta necesario diferenciarlos en términos analíticos, ya que, como el mismo Hayek (1981) apuntó, la expansión del proyecto neoliberal en la realidad concreta solo puede producir los efectos esperados con cierto grado de probabilidad, e incluso, como todo proceso social, no posee un único sentido para todos los miembros de una población. De modo que esos diversos experimentos (como el de Chile o el de Argentina) generaron y continúan generando rebeliones o, al decir del doctor Álvaro García Linera (2016), oleadas constantes que se le enfrentan o resisten y obligan a los sectores dominantes a revisar continuamente las estrategias y a seguir reflexionando sobre ellas (Murillo, 2020a).

En este marco, la propuesta de desarrollar pensamiento crítico respecto del proyecto civilizatorio neoliberal se sostiene en la esperanza de que el estudio riguroso de algunos de los varios y complejos procesos involucrados en dicho proyecto puedan contribuir con las prácticas de lucha y resistencia en Nuestra América, en una historia que, pese a los diversos intentos de clausurarla, continúa abierta.

BIBLIOGRAFÍA

- Bachelard, Gaston 1999 (1938) *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo* (México DF: Siglo Veintiuno Editores).
- Bernays, Edward 2008 (1928) *Propaganda* (Madrid: Melusina).
- Campione, Daniel 2004 “Intelectuales y política. Una relación en tiempos difíciles” en Rebelión.org. Disponible en <www.researchgate.net/publication/273909291_Intelectuales_y_politica_en_Argentina_A_proposito_del_itinerario_politico-intelectual_de_Juan_Carlos_Portantiero/fulltext/55f733f608ae07629dc21b72/Intelectuales-y-politica-en-Argentina-A-proposito-del-itinerario-politico-intelectual-de-Juan-Carlos-Portantiero.pdf> acceso 20/5/2018.
- Canguilhem, Georges 2009 (1968) *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias* (Buenos Aires/Madrid: Amorrortu Editores).
- De Büren, María Paula 2015 “La Sociedad Mont Pèlerin. Un espacio de articulación” en Murillo, Susana (coord.) *Neoliberalismo y gobiernos de la vida. Diagrama global y sus configuraciones en América Latina* (Buenos Aires: IIGG/Biblos).
- De Büren, María Paula 2020 *Contraofensiva neoliberal. La Escuela Austríaca de Economía en el centro estratégico de la disputa* (Buenos Aires: CLACSO/IIGG) en prensa.
- Denord, François 2002 “Le prophète, le pèlerin et le missionnaire. La circulation internationale du néo-libéralisme et ses acteurs” en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* (París: Le Seuil) N° 145.
- Descartes, René 1964 (1637) *Discurso del método* (Buenos Aires: Losada).
- Foucault, Michel 1980 “Nietzsche, la genealogía, la historia” en *Microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta).
- Foucault, Michel 2006 *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France (1977-1978)* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Foucault, Michel 2007 *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Foucault, Michel 2015 *La arqueología del saber* (México DF: Siglo Veintiuno Editores).
- García Linera, Álvaro 2016 “Entrevista a García Linera por Martín Granovsky para CLACSO TV, en los estudios de la Facultad de Periodismo y Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina”. Disponible en <twitter.com/_clacso/status/1062347599259336704> acceso 21/7/2020.
- Gramsci, Antonio 1971 *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Gramsci, Antonio 2003 *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno* (Buenos Aires: Nueva Visión).

- Gramsci, Antonio 2009 *Los intelectuales y la organización de la cultura* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Hayek, Friedrich 1981 (1964) *La teoría de los fenómenos complejos* (Santiago: Centro de Estudios Públicos). Disponible en www.cepchile.cl/cep/site/docs/20160303/20160303183438/revo2_hayek.pdf> acceso 21/7/2020.
- Lippmann, Walter 2003 (1922) *La opinión pública* (Madrid: Langre).
- Marcuse, Herbert 1969 (1964) *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada* (México DF: Joaquín Mortis).
- Marx, Karl 1970 (1932) *La ideología alemana* (Montevideo: Pueblos Unidos).
- Marx, Karl 2002 (1867) “El carácter fetichista de la mercancía y su secreto” en *El capital. Tomo I, Vol. I, Libro primero. El proceso de producción del capital* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores).
- Marx, Karl 2003 (1852) *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Buenos Aires: Prometeo).
- Menger, Carl 1997 (1871) *Principios de economía política* (Madrid: Unión Editorial).
- Mitre, Bartolomé E. 1887 *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana* (Buenos Aires: Imprenta de “La Nación”).
- Murillo, Susana 2008 *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América Latina. El caso argentino desde Blumberg a Cromañón* (Buenos Aires: CLACSO).
- Murillo, Susana 2012a *Posmodernidad y neoliberalismo. Reflexiones críticas desde los proyectos emancipatorios de América Latina* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg).
- Murillo, Susana 2012b *Prácticas científicas y procesos sociales: una genealogía de las relaciones entre ciencias naturales, ciencias sociales y tecnológicas* (Buenos Aires: Biblos).
- Murillo, Susana 2015 “Biopolítica y procesos de subjetivación en la cultura neoliberal” en *Neoliberalismo y gobiernos de la vida. Diagrama global y sus configuraciones en América Latina* (Buenos Aires: IIGG/Biblos).
- Murillo, Susana 2017 “Transformaciones en la política científica y el desarrollo tecnológico” en *Cuadernos de Economía Crítica* (La Plata: Sociedad de Economía Crítica) Vol. 3, N° 6, junio-noviembre.
- Murillo, Susana (ed.) 2018a *Neoliberalismo y fetichización de las relaciones sociales. ¿Pueden los conceptos de Marx articularse como parte de un dispositivo de lectura para una ontología del presente?* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg).
- Murillo, Susana 2018b “Neoliberalismo: Estado y procesos de subjetivación” en *Revista de la Carrera de Sociología* (Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires) Vol. 8, N° 8.

- Murillo, Susana 2020a “La potencia de la vida frente a la modulación del deseo y el terror, en tiempos neoliberales” en *Revista Theomai. Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo* (Bernal: Red de Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo) Número especial 2020.
- Murillo, Susana 2020b “Las quarentenas”, Programa de Acompañamiento y Formación “Voces y Comunidades”, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Rosario, 27 de abril. Disponible en www.facebook.com/fpsico2019Oficial/posts/271121874288340?__tn__=K-R acceso 21/7/2020.
- Salinas Araya, Adán 2016 “Debates neoliberales en 1938. El Coloquio Lippmann” en *Hermenéutica Intercultural* (Santiago: Universidad Católica Silva Henríquez) N° 26, julio-diciembre.
- Thompson, Edward P. 1989 (1963) “Prefacio” en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Barcelona: Crítica).
- Thompson, Edward P. 2019 (1980) *Costumbres en común* (Barcelona: Crítica).
- Williams, Raymond 2008 (1958) “La cultura es algo ordinario” en *Historia y cultura común* (Madrid: Libros La Catarata).
- Williams, Raymond 2009 (1977) *Marxismo y literatura* (Buenos Aires: Las Cuarenta).